9730

EL TEATRO
COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

RODRIGO

ó

EL ULTIMO REY GODO

DRAMA HISTÓRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FLORENTINO MOLINA Y ACOSTA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR (SUCESOR DE HIJOS DE A. GULLÓN)
Pez, 40.—Oficinas: Pozas, 2, segundo.
1886

RODRIGO

ó

EL ÚLTIMO REY GODO

RODRIGO

ó

EL ULTIMO REY GODO

DRAMA HISTÓRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FLORENTINO MOLINA Y ACOSTA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE MADRID
la noche del 19 de Abril de 1886.

MADRID
IMPRENTA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
13 — Miguel Servet — 13
1886

A mi estimado amigo Ricardo Juvera.

Nunca como ahora tendré ocasión de demostrarte mi aprecio, mi cariño, y admirar tus buenos estudios escénicos, pues he tenido la dicha inolvidable de que el compañero de mi infancia formara parte del éxito de una de mis obras.

No tan sólo pretendo en esta dedicatoria hacer pública nuestra amistad, sino que también quiero que todos vean en ti al verdadero amigo de mi infancia, no esa amistad artificial que emplea la sociedad para el lucro de sus bienes, sino nacida del alma, donde está grabado tu nombre con caracteres de fuego.

Recibe de tu amigo el más entusiasta abrazo.

El Autor.

PERSONAJES	ACTORES
LA REINA EGILONA....	SRTA. D.ª RITA ÁVALOS.
FLORINDA.....	» AMALIA DELOSO.
EL REY DON RODRIGO..	SR. D. FRANCISCO PERIS.
PELAYO.....	» SALVADOR AMURIZA.
EL CONDE DON JULIÁN.	» LUIS MONTÓ.
DON SANCHO.....	» RICARDO JUVERA.
FERRÁN, escudero.....	» CIRILO QUINTAS.

Soldados godos del Rey D. Rodrigo.

La acción en el alcázar de Toledo, año 720.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática titulada *El Teatro*, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Salón gótico del tiempo de los romanos, en el alcázar de Toledo; puertas laterales á la izquierda, y en el centro habrá una ventana ojival que supone dar al campo; en el centro de la derecha estará el trono del Rey; en el fondo, una puerta grande morisca, á cuyos lados habrá escudos de armas; á la derecha, segundo término, puerta secreta. Al alzarse el telón aparece Florinda sentada en un sitial; Don Sancho, de pie y á su lado, la contempla.

ESCENA PRIMERA

FLORINDA *y* DON SANCHO

SANCHO. Triste estáis, bella Florinda.
¿Qué causa vuestra desgracia,
que siempre, de noche y día,
en vuestra faz se destacan
las huellas del sufrimiento?
¿Qué peligro os amenaza?

FLORINDA. Uno, Don Sancho, y muy triste;
uno sólo, que acobarda
mi corazón, dando olvido
á tan siniestras palabras,
que desvanecen cual humo
mis risueñas esperanzas.
¡Triste de mí!

SANCHO. No comprendo,
ni acierto dónde alcanzarlas,
vuestras infaustas sospechas,
que vuestro pecho desgarran.
¿No sois reina de hermosura?
¿No habitáis en este alcázar,
donde todos son esclavos
de vuestra hermosura y gracia?

671441

¿Qué cosa os puede afligir,
si hasta mi primo el monarca,
siempre velando por vos,
no sabe con qué palabras
expresar todo el cariño
que siente hacia vos su alma?

FLORINDA. ¡Ay, Don Sancho, que ese amor
es el que mi pecho embarga!
¡Cuán dichosa fuera yo
si, en lugar de aqueste alcázar,
causa de mi desventura,
en mi castillo habitara!

SANCHO. ¿Por qué razones pensáis
de manera tan extraña?
¿Por qué despreciáis la corte?
¿Qué es lo que os falta?

FLORINDA. La calma.
Sabedlo todo, Don Sancho.
Yo idolatro con el alma
á vuestro primo Pelayo;
nuestro amor fué la esperanza
de vivir siempre dichosos,
marchando á tierras lejanas;
mas ¡ay! que esto es imposible:
ya un abismo nos separa.

SANCHO. Proseguid, bella Florinda;
terminad vuestras desgracias.

FLORINDA. Pues bien, Don Sancho, escuchadme:
no me culparéis de ingrata,
porque ha sido una traición
que el Rey Rodrigo es la causa.
Si he dicho que entre los dos
ya un abismo nos separa,
y que amarnos no podemos,
es..... porque estoy deshonrada.
(Bajando la voz y mirando en torno suyo.)

SANCHO. ¡Maldición!

FLORINDA. ¡Compadecedme!
Mi afrenta pide venganza
que mi padre ha de cumplir,
pues le he mandado una carta
diciendo en ella el estado
en que su Florinda se halla.

SANCHO. ¿Y esa carta?.....

FLORINDA. Un escudero
se ha encargado de llevarla,

diciéndole al mismo tiempo
que contestación no aguarda.

SANCHO. ¿Por qué razón?

FLORINDA. Muy sencillo:
no tengo en él confianza
para entregar en sus manos
tal secreto de importancia.

SANCHO. (Temo que el secreto horrible
tenga su justa venganza.)
Dispensad, bella Florinda,
que sola os deje; me aguardan.

FLORINDA. Marchad, Don Sancho, con Dios.

SANCHO. (Lo haré presente al monarca.)
(Mientras se dirige al foro.)

ESCENA II

FLORINDA, *sola.*

¡Cuán desdichada nací!
Hasta en mi mismo aposento
cercada estoy de traidores
que me roban el sosiego.
Todos demuestran leer
en mi semblante el secreto
de encontrarme deshonrada;
me miran con gran recelo,
mientras que mis ojos fijos
no los aparto del suelo,
por temor de que al mirarme
me adivinen el misterio.
Sola estoy, desamparada;
nadie consuela mi pecho,
hoy más que nunca aterrado;
me miran con gran desprecio.
Sólo Pelayo, tú sólo,
bien sabes lo que te quiero.
Mas esto ya es imposible,
pues amarnos no podemos,
porque el traidor Don Rodrigo,
con la barrera que ha puesto
manchando mi limpio honor,
nos separó por completo.
Y tú, noble padre mío,

vengarme está en tu derecho:
ya el honor de tu familia
entre las sombras ha muerto;
sólo queda la esperanza,
que hirviendo está en mi cerebro,
de darle afrentosa muerte,
ó el más profundo desprecio.
Ayudándonos Pelayo,
ambos juntos vengaremos
esta cobarde traición,
saliendo de España luégo,
donde vivamos dichosos
en nuestro castillo viejo.
Mientras tanto, aquí Florinda
esperando está el momento
de realizar sus propósitos,
hasta que llegue su tiempo. (Pausa.)
Mucho tarda Don Pelayo.
Sin duda con loco intento
el Rey le habrá detenido,
y por él estoy temiendo.
Si Don Rodrigo ha sabido
nuestros amores secretos,
es fácil que su venganza
llegara hasta tal extremo
de impedir que aquí viniera.....
Pero ¿qué escucho? ¡Silencio!
(Asomándose á la ventana.)
Un embozado se encuentra
debajo de este aposento;
por el traje he conocido
que es Don Pelayo. Esperemos.
(Florinda se queda en la ventana; á poco se oye una trova cantada por Pelayo.)

ESCENA III

FLORINDA *y* PELAYO.

PELAYO. (Cantando dentro.)
Florinda adorada,
prenda de mi vida,
tus penas olvida,
desecha el dolor.

Desliza tu sueño,
cándida azucena,
que al pie de la almena
te espera tu amor (1).

FLORINDA. Bien mi corazón decía
que hoy estaría á mi lado;
su voz es la que he escuchado.
(Dirigiéndose al foro.)
¡Pelayo!

PELAYO. ¡Florinda mía! (Saliendo.)

FLORINDA. Ya estaba con pesadumbre.

PELAYO. Serán ciertos tus enojos,
porque hoy encuentro tus ojos
más tristes que de costumbre.
¿Quién pudo darte ocasión
de empañar tus alegrías?
Que estás muy triste hace días,
prenda de mi corazón.
Siéntate, pues, á mi lado; (Ambos se sientan.)
el verme triste no exijas,
y con tu pena no aflijas
á este pecho enamorado.
Dime, ¿quién culpa ha tenido
de causar tu acerbo llanto,
y por qué con tal quebranto
las lágrimas has vertido?
Explícate, por piedad;
no me destroces el pecho,
que vengarte es mi derecho.
Quiero saber la verdad.

FLORINDA. No, Pelayo; que es la suerte
la causa de mi desgracia,
y mi dicha no se sacia
sino sólo con la muerte.

PELAYO. ¡Florinda! ¿Qué te ha inspirado
á decirme esas palabras,
que mi desventura labras?
Cuéntame lo que ha pasado.
Algún infame enemigo
quiere quitarme tu amor.
Dime, ¿quién es el traidor?

FLORINDA. Vuestro primo Don Rodrigo.

---

(1) Véase la página 34.

PELAYO. ¡Cielos! ¡Qué presentimientos
embargan mi corazón!
¿Si será alguna traición
causa de tus sufrimientos?
Si no te explicas, por Dios,
el pecho me haré pedazos
y desataré estos lazos.
¿Qué ha ocurrido entre los dos?
Que más mi razón se trunca
dejando todo al olvido.
Di, ¿tu decoro ha ofendido?

FLORINDA. ¡Ah! No, Pelayo; eso, nunca. (Con entereza.)

PELAYO. Entonces.....

FLORINDA. Me sigue ufano,
sin descansar noche y día,
con su sangrienta porfía,
pidiendo mi honor.

PELAYO. ¡Villano!
¿Así á una doncella trata,
mientras á su esposa olvida,
que, despreciando su vida,
con fiero rigor maltrata?
¿Así, con sangriento afán,
rey con mancilla y sin honra,
quieres labrar la deshonra
del noble Conde Julián?
Quieres conseguir tu intento
con las hermosas doncellas;
pero tiembla, que con ellas
tendrás al fin tu escarmiento.
Alienta, Florinda hermosa,
no te entregues al quebranto;
enjuga el copioso llanto,
porque al fin serás dichosa.

FLORINDA. Eso, nunca ya, Pelayo. (Con tristeza.)

PELAYO. ¡Qué pensamiento has tenido! (Asombrado.)
Mi corazón has partido,
cual si lo partiera un rayo.
Algo ocultas, desdichada. (Recelando.)

FLORINDA. (¡Dios mío, ya estoy perdida!)
Quise decir que esta vida
se me hace aquí muy pesada.
Lo demás.....

PELAYO. No en eso queda,
sigue hablando: no has podido.....

FLORINDA. Mi decoro no ha ofendido.

PELAYO. Quiera Dios que así suceda.
(El Rey aparece por el foro, y al ver á Pelayo se detiene á escuchar.)
FLORINDA. Aunque causa mi dolor.....
PELAYO. Sus vicios son ante todo;
que, más que un monarca godo,
Don Rodrigo es un traidor.
Nunca el hierro desenvaina.
¡Rodrigo!
(Viendo al Rey, que permanece en la puerta.)
FLORINDA. ¡Qué desventura!
(Se entra en su cuarto, izquierda, primer término.)
PELAYO. (Probaré si con holgura
sale fuera de la vaina.)
(Prueba si sale la espada de la vaina con facilidad.)

ESCENA IV

PELAYO *y* RODRIGO.

RODRIGO. (Adelantándose.)
(Procuremos evitar
que no reluzca su espada.)
¿Quién permiso os concedió
para entrar en mi morada,
sin contar con vuestro rey?
PELAYO. Señor.....
RODRIGO. Son necias palabras.
Contestad pronto, Pelayo,
que os está hablando el monarca.
Pronto, ¿quién permiso os dió?
¿Quién os franqueó la entrada?
PELAYO. El amor que hacia Florinda
tengo aquí, dentro del alma.
RODRIGO. Estáis descortés, vasallo;
se va agotando mi calma,
y temed que el Rey Rodrigo
no descargue su venganza.
PELAYO. Digo, señor, lo que siento.
RODRIGO. Medid muy bien las palabras,
antes que vuestra cabeza
caiga deshecha á mis plantas. (Amenazante.)
PELAYO. (Dejándose llevar por la cólera.)
Tales ofensas no aguanto;

en el cinto llevo espada,
y no me arredra el enojo
ni vuestras fieras palabras.
Yo á Florinda la idolatro,
vos quisisteis deshonrarla,
y á probar vamos ahora
quién la quiere más. En guardia.
(Intenta sacar la espada.)

RODRIGO. ¡Qué habéis dicho, miserable!
Vuestra cabeza, mañana,
pendiente por una almena,
ha de amanecer colgada.

PELAYO. Esa será para el pueblo
de Don Rodrigo la infamia.
Podéis temblar vos también
si al Conde Julián se engaña,
que si deshonráis su nombre,
si el honor de su hija amada
queda por vos mancillado,
pronto tendréis la venganza.
Mientras tanto, aquí Florinda
sufre terribles palabras,
que, al par que ofenden su honor,
la van robando la calma.

RODRIGO. Pelayo, es que vos tampoco
podéis á Florinda amarla.

PELAYO. ¿Por qué, señor?

RODRIGO. Porque hay otro.

PELAYO. Y ése ¿quién es? (Fuera de sí.)

RODRIGO. Tu monarca.

PELAYO. ¡Cielos, contened mi mano
antes que me ahogue la rabia,
y ya de mí no responda,
saliendo al fin á estocadas!
¿Decís que amáis á Florinda?
¡Sois un traidor, Rey de España!
Por más que vos la queráis,
no conseguiréis amarla,
porque á impedirlo está pronta
de Don Pelayo la espada.

RODRIGO. Ya que tanto alambicáis,
desnuda tengo mi espada. (Sacándola.)
¡Sacad la vuestra, insensato,
antes que os cueste bien cara
vuestra loca impertinencia!

PELAYO. Desnuda también se halla, (Mostrando la suya.)

y á defenderme estoy pronto,
ó á atravesaros el alma.
(Se disponen á batirse. Don Sancho aparece por el foro y los desiste de su propósito.)

ESCENA V

DON RODRIGO, PELAYO *y* SANCHO.

SANCHO. ¿Qué es esto? ¿Quién dió motivo
para alterar vuestro acero?
RODRIGO. Don Sancho, son los traidores
que abundan en este suelo.
Son infames aventuras
de miserables pecheros,
y exterminarlos me place.
SANCHO. Salid, Pelayo, os lo ruego.
(Á Pelayo, que permanece inmóvil.)
PELAYO. ¡Ay de vos, Rey Don Rodrigo!
(Ya en la puerta del foro.)
¡Que os libre de mí el infierno! (Vase.)
SANCHO. Explicad, mi noble primo,
la causa de este misterio.
¿Por qué os encuentro á los dos
con los aceros dispuestos
á exterminarse uno á otro?
¿Qué ha sido la culpa de ello?
RODRIGO. Son los amores, Don Sancho,
con Florinda.
SANCHO. Por supuesto
que anda el mancebo atrevido
con sus nuevos devaneos.
RODRIGO. ¿Vos sabéis algo, Don Sancho,
de sus amores secretos?
SANCHO. Sí, tengo algunas noticias
muy referentes á ello.
RODRIGO. ¿De Florinda?
SANCHO. De ella misma.
Hoy estaba en su aposento
esperando á Don Pelayo,
según dijo el escudero
que de vigilar se encarga
la puerta de su aposento.
Según me anunció Ferrán,

estuvieron largo tiempo
hablando de sus amores,
hasta que á vos le advirtieron.

RODRIGO. Don Sancho, eso que contáis
ha pasado hace un momento.
Cuando de caza volvimos,
cerca del castillo viejo,
y al penetrar en mi alcázar,
supe por un escudero
que Pelayo con Florinda
estaba en este aposento.

SANCHO. Según eso, los pillasteis.....

RODRIGO. Hablando de amor intenso.
Cuando me vieron entrar,
en pie los dos se pusieron.
Florinda huyó desalada;
Pelayo quedó en el centro
de esta mi cámara real,
á contestarme dispuesto,
y ésa ha sido la ocasión
de sorprender los aceros
cuando aquí llegasteis vos.

SANCHO. Grande ha sido su denuedo.
Volverse contra su rey
es cosa que no comprendo:
sólo un villano ó un traidor
puede obrar con tal acierto.
No le arriendo la ganancia.

RODRIGO. Daré á su traición ejemplo,
para que en otra ocasión
obre con detenimiento.

SANCHO. Si me concedéis permiso
podré salir al momento,
para poder dirigirme
al vecino campamento,
á ver si nuestros soldados
vigilan desde sus puestos

RODRIGO. Podéis, Don Sancho, salir.

SANCHO. Mi señor.....

RODRIGO. Guárdete el cielo.

(Don Sancho, después de hacer al Rey la reverencia, sale por el foro. Don Rodrigo se queda pensativo.)

ESCENA VI

DON RODRIGO, *solo.*

Florinda, tú has levantado
en mi pecho una tormenta,
que en vano calmar intenta
este rey tan desdichado.
Siempre seguí con tesón
tu más leve movimiento;
siempre, de tu amor sediento,
sacié mi loca pasión,
y hoy siento en mi corazón
la voz del remordimiento.
Ingrato contigo he sido
al manchar tu limpio honor,
de cuyo sangriento amor
ya me encuentro arrepentido.
Mas no por eso te olvida
este rey infortunado;
siempre, Florinda. he pensado
con tu honestidad perdida,
y el encanto de mi vida
será tenerte á mi lado.
Siempre sufrí con paciencia
este amor abrasador,
que al trastornarme el dolor
hoy me grita mi conciencia.
Quiero en ti ver la mujer
digna de un monarca godo;
quiero, arrastrándolo todo,
el llegarte á poseer,
y por fin tendrás que ser
mujer alzada del lodo.
Si el Conde Julián me afrenta,
no por eso he de olvidarte,
y antes prefiero matarte
si de mí lejos te ausenta.
Aunque manché tu decoro,
tú has de ser mi salvación,
que siempre con mi pasión
pueda hallar ese tesoro,
porque, Florinda, te adoro

con todo mi corazón.
Mil y mil veces bendigo
del narcótico el intento
que te hizo ser al momento
la esclava del Rey Rodrigo.
Siempre amarte es mi porfía,
verte feliz es mi anhelo;
y pues fuiste mi desvelo
y te amo más cada día,
tú has de ser tan sólo mía,
pues así lo quiso el cielo.
(La Reina Egilona habrá salido seis versos antes, por la puerta del foro, y sin ser vista por el Rey; éste, al acabar el diálogo, se vuelve y se halla con su esposa, volviéndola el rostro con desprecio.)

ESCENA VII

DON RODRIGO *y* EGILONA.

RODRIGO. (¿Si lo habrá escuchado todo?
¡Oh Dios! ¡Qué ingrata sospecha!
Mas..... ¿Qué temer? Soy el rey,
para obrar cual me convenga.)
¿Otra vez aquí, señora?
(Dirigiéndose á su esposa con imperioso mando.)
¿Qué nueva locura es ésa?
¿Por qué entráis en mi aposento
sin pedir antes licencia?
¿Por qué venís á estorbarme
con vuestras preguntas necias?
EGILONA. Perdonad.....
RODRIGO. ¡Silencio, digo,
y apartad de mi presencia!
EGILONA. Basta, Don Rodrigo, basta;
nunca creí que una reina
tuviera que resignarse
al escuchar sus ofensas.
¿Qué daño os hice en mi vida,
para que así recibiera,
en lugar de vuestro amor,
del rencor tan clara prueba?
RODRIGO. Señora.....
EGILONA. Sí, Don Rodrigo,

sangre real hay en mis venas,
y soportar más no puedo
vuestra injuriosa presencia.
Me arrojáis de vuestro lado,
me despreciáis con fiereza,
porque teméis que descubra
los intentos de impureza
que estáis aquí cometiendo,
persiguiendo á mis doncellas.

RODRIGO. ¡Basta!..... (Irritado.)

EGILONA. No lo he dicho todo,
y la verdad diré entera.
También la pobre Florinda,
la más pura, la más bella
de todas las nobles godas,
perseguís con insistencia,
desventurando un amor
en que cifra su existencia.
¿No sabéis que ama á Pelayo?
(Movimiento de Rodrigo.)
¿No os dice vuestra conciencia
que vos no podéis amarla,
porque Pelayo está cerca
del alcázar, y á un descuido
os pidiera estrecha cuenta?

RODRIGO. ¡Por Dios, que estáis importuna!
Poned freno á vuestra lengua,
que mi paciencia se acaba.
Si obrara como debiera,
mandaría ahora colgaros,
por el cuello, de una almena.
¡Salid!

EGILONA. Sin deciros todo.

RODRIGO. ¡Salid! Vuestro rey lo ordena,
antes que caiga el castigo
sobre tan loca insistencia.

EGILONA. Perdonadme, Don Rodrigo,
(Dejándose llevar por los celos.)
el que por la vez primera
vuestro mandato desoiga;
contaros quiero las penas
que pesan sobre las nobles
cuanto gallardas doncellas.

RODRIGO. No quiero saber, señora,
la causa de sus dolencias.
Marchad á vuestro aposento;

salgamos por esta puerta.
(La Reina y el Rey se entran por el cuarto de la izquierda, segundo término. El Conde Julián, acompañado de Ferrán, entra por el foro.

ESCENA VIII

El Conde Julián y Ferrán.

Ferrán. Podéis esperarle aquí,
si os place, Conde Julián.
Julián. Gracias, mi amigo Ferrán;
aquí le espero. (Sale Ferrán.) ¡Ay de mí!
En vano calmar intento
la pena que quiere ahogarme,
que la idea de vengarme
fija está en mi pensamiento.
Corro al borde de un abismo,
me precipito en su fondo;
mas ¡ay! que al caer respondo:
¡Maldiga Dios mi heroísmo!
Imbécil, ya mi venganza
pronto la verás cumplida;
sabrás, al perder la vida,
dónde mi rencor alcanza.
En mi pecho habéis vertido
la hiel con aquella carta;
de mi corazón se aparta
el amor que os he tenido.
Fuiste traidor, y tu nombre
causará espanto en la tierra;
tu fin ha de ser la guerra,
aunque mi traición te asombre.
¿Acaso ignoraste, infiel,
que el ejército africano,
que hoy tengo bajo mi mano,
puede vengarme? ¡Cruel
mi venganza será, y tal
como ha sido tu traición,
y hoy, tu mísera nación
ha de sucumbir fatal.
¡Tiembla, tiembla, Rey Rodrigo!
La afrenta del pueblo hispano
la he de lograr por mi mano,

que está cerca el enemigo.
¿Los moros, en el Estrecho,
salvar las puertas querían?
Concedí lo que pedían,
faltando por ti al derecho.
A un agravio, otro mayor;
tú á Florinda has deshonrado:
pues yo su afrenta he vengado,
causando á España dolor.
Mas en mi suerte fatal
llevo mi afrenta maldita;
donde la mancha se quita,
siempre queda la señal.
Los sarracenos valientes
entrarán con justa saña
en la infortunada España,
matando á ti y á tus gentes. (Pausa.)
¿Dónde Florinda se encuentra?
Tu padre quiere abrazarte,
que á España viene á vengarte
por tu desgraciada afrenta.
Junta con tu padre amado,
si no muero en la campaña,
saldremos lejos de España,
mas no sin irme vengado.
(Florinda sale de su cuarto, y al ver á su padre se arroja en sus brazos sollozando.)

ESCENA IX

El Conde Julián *y* Florinda.

Florinda. ¡Padre!
Julián. ¡Florinda, hija mía!
Llora aquí, sobre mi seno.
Muy grande ha sido la afrenta
que nos concedió el infierno,
para deshonrar tu nombre,
para causar llanto acerbo
á la angelical Florinda,
que el Rey desgraciada ha hecho.
Florinda. ¡Padre, soy muy desdichada!
Ese aborto del averno
que Don Rodrigo se llama,

la culpa ha tenido de esto.

JULIÁN. No temas, porque tu honor
pronto estará satisfecho.
¡Temblad, desdichado Rey,
ante mi aciago despecho!

FLORINDA. Padre, ¿qué pensáis hacer?

JULIÁN. Mi honradez lo está diciendo:
darle cumplida venganza
por su loco desacierto.
Para afrenta de la España,
abrir al moro el estrecho
de Gibraltar, y en seguida
se apoderan de este reino.

FLORINDA. Pero eso, padre, es horrible.

JULIÁN. Florinda, ¿qué estás diciendo?
¿Tú también quieres cubrir
este infame desacierto?
No, por Dios, que mi venganza
á cumplirla estoy dispuesto.
¿Qué es de Pelayo, Florinda?

FLORINDA. Padre, lo ignoro de cierto,
porque el celoso Rodrigo
persigue sus movimientos,
y presiento que á estas horas
le haya metido el Rey preso.

JULIÁN. ¿Por qué razón?

FLORINDA. Ahora poco,
y en este mismo aposento,
nos hallábamos los dos
hablando del sufrimiento
en que su primo el monarca
me ha puesto con su denuedo.

JULIÁN. Prosigue.

FLORINDA. Cuando de pronto
nos alzamos del asiento
donde estábamos sentados;
ya era tarde: descubiertos
por Don Rodrigo ya estábamos,
que con irritado ceño,
en la puerta de la estancia,
lo escuchó todo en silencio.
Yo me marché horrorizada:
Pelayo, á todo dispuesto,
se quedó aquí con el Rey.
Después, nada supe de esto;
por eso os dije, buen padre,

que ahora tal vez esté preso.

JULIÁN. ¡Esto más! Sangrienta muerte
está su infamia pidiendo.
No desoigáis, Dios bendito,
de este padre los lamentos;
que su proceder maldito
tenga su justo escarmiento.
Alienta, Florinda hermosa.
(Suenan pasos dentro; Don Julián se va al foro.)
Mas..... ¡Cielo santo, qué veo!
O es ilusión de mi vista
que me trastorna el cerebro,
ó hacia aquí viene Pelayo
con Don Rodrigo. Esperemos.
Vete á tu estancia, Florinda.

FLORINDA. ¿Qué pretendéis?

JULIÁN. ¿Qué pretendo?
Todo lo sabrás después.

FLORINDA. Pero, padre.....

JULIÁN. Ni un momento.
(Florinda y el Conde se entran por la izquierda, primer término; el Conde se queda escuchando. Don Rodrigo, acompañado de Pelayo, aparece por el foro.)

ESCENA X

DON RODRIGO, PELAYO *y* EL CONDE JULIÁN, *éste oculto.*

RODRIGO. Entrad, Pelayo, sin miedo.

PELAYO. Señor.....

RODRIGO. Faltaste á mi ley;
no importa, yo soy el rey
y castigarte no puedo.
No es por falta de valor
el obrar así contigo,
sino que á mi buen amigo
yo le perdono.

JULIÁN. (¡Ah traidor!)

PELAYO. Digna de vos, esperada
la piedad para un ingrato;
un momento de arrebato
me obligó á sacar la espada.
Sólo fué por la pasión
de la mujer que atesoro;

por Florinda, á quien adoro
con ansia.

JULIÁN. (¡Buen corazón!)

RODRIGO. Obraste con ligereza,
mas mi corazón te abona:
no es el rey quien te perdona,
sino tu misma nobleza.
Cuidar debéis el honor
de Florinda, á quien amáis,
y á quien todos respetáis.

JULIÁN. (¡Una y mil veces traidor!)

PELAYO. Señor, me hacéis tal bondad,
que en conciencia no merezco,
pero, en cambio, yo os ofrezco
mi espada y mi lealtad.
Pues cuando pensé encontrar
un rival, me hallé un amigo. (Ambos se abrazan.)

JULIÁN. (¡Dios será mudo testigo
de lo que aquí va á pasar.) (Saliendo.)
(Don Rodrigo y Pelayo permanecen abrazados; Don Julián, desnudando la espada, se dirige al Rey.)

ESCENA XI

DON RODRIGO, PELAYO *y* DON JULIÁN.

JULIÁN. ¡Rey infame, rey bandido,
vil causador de mi afrenta,
á pedirte estrecha cuenta
viene aquí un padre ofendido!
Tú mancillaste el honor
de mi Florinda adorada,
que al punto estará vengada,
matándote por traidor.

RODRIGO. ¡Don Julián!

PELAYO. ¡Cielos, qué escucho!

JULIÁN. Desnuda al punto tu espada,
porque mi honradez manchada
vengarla me importa mucho.

RODRIGO. No me insultéis, Conde, así.

JULIÁN. Con sangre el honor se venga.

RODRIGO. Contened la torpe lengua,
ó no respondo de mí.
¡Insultando estáis al Rey!

JULIÁN. No me arredra vuestro enojo,
que, entre vida y muerte, escojo
que el daros muerte es mi ley.
RODRIGO. ¡Conde Julián! (Con tono amenazador.)
PELAYO. (Dirigiéndose al Rey.) Permitidme.
¿Qué ocurre, que en tal ofensa
daros muerte el Conde piensa?
No puedo más resistirme.
Acaso con vuestro influjo.....
¿Qué pasa á Florinda bella,
para ocurrir tal querella?
JULIÁN. ¡Ese traidor la sedujo! (Señalando al Rey.)
PELAYO. ¡Tierra, trágame en tu abismo!
JULIÁN. Ese, Pelayo, es el modo
que ejerce un monarca godo
cuando le falta heroísmo.
(Pelayo se cubre el rostro con las manos.)
RODRIGO. ¡Matadme! (Al Conde.)
JULIÁN. Necio valor;
desprecio vuestra hidalguía,
que vale más la honra mía
que el escudo de un traidor.
RODRIGO. Es verdad que he deshonrado
su limpio honor, no lo dudo;
pero, Conde, que mi escudo
mirad que habéis ultrajado.
JULIÁN. Con sangre noble se tiñe
vuestro honor y vuestra flema;
yo desprecio esa diadema
y al vil traidor que la ciñe.
RODRIGO. ¡Conde!
JULIÁN. Sacad vuestro hierro,
mi espada está prevenida,
ó yo os juro, por mi vida,
que os mataré como un perro.
RODRIGO. ¿Qué pretendéis?
JULIÁN. (Yéndose al foro.) ¡Rey tirano!
cumplir pronto mi venganza,
que hacia vuestro reino avanza
ya el ejército africano!
(Al oir esta palabra, Pelayo se pone junto al Rey.)
RODRIGO. ¡Qué decís! (Asombrado.)
JULIÁN. Falté al derecho
que la España me confía:
con las llaves que tenía
he abierto al moro el Estrecho.

PELAYO. ¡Traición! (Llevándose la mano á la espada.)
RODRIGO. ¡Sangrienta falsía!
¿Qué hicisteis, desventurado?
JULIÁN. De mi afrenta me he vengado. (Vase.)
PELAYO. ¡Traidor!
RODRIGO. ¡Pobre España mía!
(El Rey se cubre el rostro con las manos y permanece inmóvil.)

ESCENA XII

DON RODRIGO *y* PELAYO.

PELAYO. (Y ahora, ¿qué debo de hacer? (Mirando al Rey.)
Matarle está en mi derecho,
pues deshonró á mi Florinda,
á la imagen de mis sueños.
Mas el Conde es un traidor,
y entre Florinda y mi reino,
salvar la patria es preciso,
pues en peligro la veo.) (Se dirige hacia el Rey.)
¡Estáis llorando, señor!
RODRIGO. Lágrimas de sangre vierto.
¿Acaso es poco el borrón
que el Conde, con desacierto,
ha echado sobre la España?
¿Acaso no es desconsuelo
si hoy, que peligra la patria,
me abandonáis todos? (Con tristeza.)
PELAYO. ¡Cielos!
¿No habéis contado conmigo?
RODRIGO. ¡Pelayo, qué estás diciendo!
¿Me perdonas las ofensas?
PELAYO. Ya no queda otro remedio.
Conque olvidar á Florinda,
y de otro asunto tratemos.
RODRIGO. ¡Gracias, valiente Pelayo!
Dices muy bien; empecemos.
Es imposible que el Conde
lleve su afrenta al extremo
de deshonrar á la España;
siempre cumplió como bueno.
¿Qué opináis, mi buen Pelayo?
PELAYO. Señor, diré lo que siento.
Aunque ha sido grande ofensa

la que con él habéis hecho,
yo opino que es imposible
dar entrada al sarraceno.

RODRIGO. Los ejércitos situados
que están cerca del convento,
pronto traerán la noticia,
caso de que fuese cierto.
Si son ciertas sus palabras,
con ansia aquí los espero,
que han de probar, por mi vida,
lo que vale nuestro imperio;
que si el moro entra en España,
tendrá su justo escarmiento.

PELAYO. No me parece que el Conde
obre con tal desacierto;
además, hay centinelas
en los avanzados puestos,
para impedir que penetren
los infieles en Toledo.

RODRIGO. Los soldados de atalaya
obrarán con tal acierto,
que á la menor movición
que distingan á lo lejos
del ejército enemigo,
pasan recado al momento,
impidiendo que penetren
hoy por hoy los sarracenos.

PELAYO. Con todo, bueno es, señor,
que todos estén dispuestos;
pudiera bien suceder,
sin tener luégo remedio,
no bastara el centinela
á contener sus esfuerzos.
Vivir alerta es preciso;
los soldados preparemos,
no ocurra alguna desgracia
que es lo que me estoy temiendo.

RODRIGO. Tienes razón, buen Pelayo;
prepara mis escuderos;
recorres la voz de alarma;
cada cual quieto en su puesto,
y vuelves aquí en seguida.

PELAYO. Adiós, señor.

RODRIGO. Hasta luégo.

(Don Pelayo va á salir por el foro, cuando entra Ferrán muy agitado; Pelayo se detiene.)

ESCENA XIII

DON RODRIGO, PELAYO *y* FERRÁN.

FERRÁN. ¡Señor!.....
RODRIGO. ¿Qué ocurre, Ferrán?
FERRÁN. Mala nueva á daros vengo.
RODRIGO. ¡Vive Dios! Acaba pronto. (Con impaciencia.)
FERRÁN. Perdonad mi aturdimiento.
Ahora hace poco ha llegado
del vecino campamento,
todo cubierto de polvo,
un anciano mensajero,
trayendo la infausta nueva
que el ejército agareno
avanza hacia nuestra corte.
RODRIGO. ¡Cielos, mis presentimientos!
FERRÁN. ¿Qué debo de hacer, señor?
No hay que perder un momento,
y antes que se echen encima.....
PELAYO. ¡Traición! Lo estaba diciendo.
Perded cuidado, señor,
yo marcho hacia el campamento
para impedir que penetren.
RODRIGO. ¡Conde, ya estás satisfecho!
Avisa tú á mis soldados, (Á Ferrán.)
prepara mis armamentos,
y que dispuestos se hallen
para salir al momento. (Vase Ferrán.)
Y tú, mi noble Pelayo,
dispón tu brazo de hierro
para salir al combate
á vencer los agarenos.
PELAYO. ¡Por el honor de mi patria
hasta á Florinda desprecio!
Podéis contar con mi espada.
Adiós, señor; pronto vuelvo.
¡Conde, fuistes un villano (Ya en la puerta.)
al obrar con tal denuedo!
¡Maldiga Dios tu existencia,
ó que te trague el infierno! (Sale.)

ESCENA XIV

DON RODRIGO, *solo*.

¿Qué es esto, que á mi cabeza
ignoro lo que le pasa,

y el corazon se me abrasa
al conocer tal vileza?
¿Por qué de mi dicha en pos,
Conde vil, me has perseguido,
sin antes haber venido
á luchar solos los dos?
¿Qué culpa tiene la España
de tu desdichada suerte,
para darla odiosa muerte
por vengarte de mi hazaña?
Nunca el vencer lograrás;
mis soldados son valientes
para vencer á esas gentes,
sin retroceder jamás.
En vano esta furia calmo,
y antes que perder, Rodrigo
con sangre del enemigo
regará palmo por palmo.
Los espero con paciencia,
como cumple á un rey honrado,
y antes que verme humillado
maldiga Dios su existencia.
(Don Sancho, Pelayo, Ferrán y el ejército del Rey aparecen por el foro, todos con las espadas desnudas. Don Sancho se adelanta.)

ESCENA XV

DON RODRIGO, DON SANCHO, PELAYO, FERRÁN *y acompañamiento.*

SANCHO. Don Rodrigo, ya el momento
de partir está cercano,
que el ejército africano
aguarda en el campamento.
No nos arredra la saña
de los fieros agarenos;
cumpliremos como buenos
defendiendo nuestra España.
No hay que perder los instantes;
soldados traigo conmigo
que al frente del enemigo
quieren luchar anhelantes.

RODRIGO. No desmayéis, nobles godos;
(Dirigiéndose al trofeo y cogiendo una espada.)
la espada en mi mano brilla,

y antes que sufrir mancilla
al combate vamos todos.
Vamos á vengar la afrenta
del traidor Conde Julián,
que con su sangriento afán
hoy la guerra nos presenta.
Quiere deshonrar la España,
por miedo de su traición,
su bastardo corazón.
¡Salgamos á la campaña!
No retrocedáis ninguno,
causándonos honda pena,
ante la turba agarena;
antes morir uno á uno.
Y vamos, que ya el momento
de partir nos ha llegado,
porque nuestro acero honrado
de su sangre está sediento.
Si por fortuna encontramos
en nuestro camino al Conde,
matadle, cual corresponde
por miserable. ¡Salgamos!
Corred en pos de la gloria
que anheláis, godos brillantes,
que en vuestros ojos radiantes
leyendo estoy la victoria.
Los infieles nos esperan;
gritad todos con anhelo,
pidiendo venganza al cielo:
¡Mueran los infieles!

TODOS. ¡Mueran!

(Salen todos por el foro. El Conde Julián entra por la puerta secreta, y después de cerciorarse que nadie le observa, se dirige al cuarto de Florinda.)

ESCENA XVI

EL CONDE JULIÁN *y* FLORINDA.

JULIÁN. ¡Florinda, ya estás vengada!
FLORINDA. ¡Padre! (Saliendo.)
JULIÁN. Con intento ufano,
venciendo está el africano;
tu afrenta estará lavada.
Mi venganza es ante todo.

Rodrigo sucumbirá,
y con él acabará
la gloria del reino godo.
Desventurada es su suerte,
como traidora mi hazaña;
hoy la perdición de España
será causa de su muerte.

FLORINDA. Se me parte el corazón;
basta, basta, padre amado.

JULIÁN. Tu nombre ya está vengado,
causando su perdición.

FLORINDA. Rodrigo es bien desdichado. (Con tristeza.)
(¡Quiera Dios que no perezcas!)

JULIÁN. Florinda, no compadezcas
á quien tu afrenta ha causado.
Vamos á buscar reposo
marchando á tierras lejanas,
donde, sin tus quejas vanas,
junto á ti viva dichoso.
Su desventura es eterna.
(Suenan voces dentro. Florinda se asoma al foro.)

FLORINDA. Ya vienen con Don Rodrigo.

JULIÁN. Salgamos por el postigo
que conduce á la poterna. (Salen por la puerta secreta.)
(Don Rodrigo, con el rostro descompuesto, y desarmado, aparece por el foro, siguiéndole Don Sancho y Pelayo, este último con espada.)

ESCENA ÚLTIMA

DON RODRIGO, DON SANCHO *y* PELAYO.

(Esta escena será rápida hasta el final, oyéndose á intervalos el griterío de los moros que invaden el alcázar.)

SANCHO. ¡Huye! Todo se ha perdido. (Al Rey.)

RODRIGO. ¡Traidores! (Mirando al foro.)

PELAYO. ¡Tremenda saña!
¡Día aciago para España!
¡Los moros nos han vencido!
Aun podéis salvar la vida,
antes que el infiel se meta.
Por esa puerta secreta (Señalándola.)

pronto hallaréis la salida.

RODRIGO. ¡Qué suerte tan desdichada!
¡Tener que huir cual bandido!

SANCHO. Así el cielo lo ha querido;
no reparemos en nada. (Se asoma á la ventana.)

PELAYO. Abajo espera un vasallo
con las armas prevenidas;
sujetando está las bridas
de Orelia, vuestro caballo.
No perdamos un momento;
con vuestro potro valiente
atravesaréis el puente,
llegando pronto al convento.
De allí no os mováis, lo espero,
hasta tener nuevo aviso,
que mandaré, si es preciso,
con Ferrán, vuestro escudero.
(Se oyen voces; Don Sancho se retira de la ventana.)

SANCHO. Obrad con más ligereza;
lejos de aquí no os alcanzan,
pues ya esas gentes avanzan
pidiendo vuestra cabeza.

PELAYO. Marchad, señor, sin cuidado.

RODRIGO. Por si no os puedo ya ver,
recibid mi adiós postrer, (Abrazándolos.)
pues moriré siendo honrado.
¡España, ya no he de verte! (Ya en la puerta secreta.)
¡Llevo la afrenta conmigo!

PELAYO. ¿Adónde vais, Rey Rodrigo?

RODRIGO. Voy en busca de mi muerte.
(Rodrigo sale; Don Sancho y Pelayo, al oir las últimas palabras del Rey, se cubren el rostro con las manos. El griterío se oye cada vez más cerca.)

FIN DEL DRAMA

TROVA

EN EL DRAMA

EL ULTIMO REY GODO

MÚSICA DEDICADA Á

D. SALVADOR AMURIZA.

POR SU AUTOR

EMILIO L. MATESANZ.

Escena 3.ª Acto unico.

Moderatto.

CANTO.

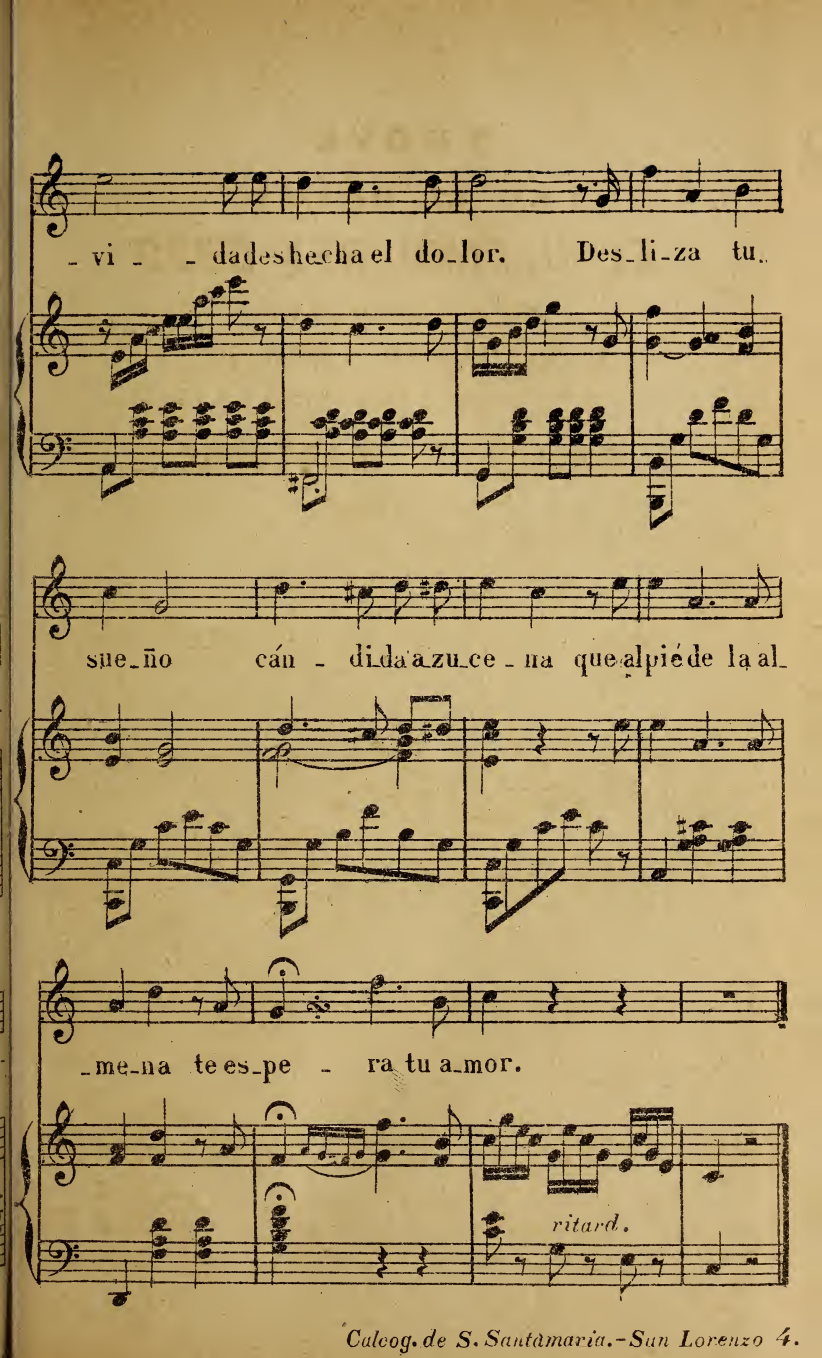
PIANO.

p

Flo_rin_da a _ do_

_ra_da pren_da de mi vi _ _ datus pe _ _ _nas ol_

(Nota puede acompañarse la mano izquierda de este acompañamiento con Guitarra.)



Calcog. de S. Santamaria.-San Lorenzo 4.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.